

Mons. Fulton J. Sheen

La resurrección que preparó su muerte

Muchos fueron los intentos que se hicieron contra la vida de Jesucristo, sobre todo cuando declaró ser el Hijo de Dios. Pero su muerte quedó formalmente decidida cuando manifestó el poder que poseía sobre la muerte al resucitar a Lázaro.

Así que desde aquel día tomaron el acuerdo de hacerle morir. Ioh 11, 53

Antes solía hablar primero de su muerte y luego de su resurrección. Esta vez habló primero de su resurrección cuando sus enemigos aludieron a su muerte. La tumba vacía de Lázaro suscitó la resolución de dar una cruz a Jesús; pero Él, a su vez, daría la cruz a cambio de la tumba vacía.

No era la primera vez que hablaba de su resurrección. En los primeros días de su vida pública, cuando dio alimento a las multitudes y se prometió a sí mismo como el Pan de Vida, dijo que daría resurrección a otros:

Esta es la voluntad de aquel que me envió, que de cuanto me ha dado, yo no pierda nada, sino que lo resucite en el día postrero. Pues que ésta es la voluntad de mi Padre, que todo aquel que ve al Hijo y cree en Él, tenga vida eterna y yo le resucitaré en el día postrero... El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero...Ioh 6, 39 s 54

Estas palabras trascendían las predicciones de su propia resurrección; era una afirmación de que todos los que creyeran en Él y vivieran por medio de una vida resucitada gozarían de la resurrección por medio de su poder.

Anteriormente había resucitado ya a otras personas de entre los muertos. Una fue la hija de Jairo, la otra fue el hijo de la viuda de Naím. La primera acababa de morir; el segundo estaba ya en su ataúd; pero la resurrección más sorprendente fue la de Lázaro.

Nuestro Señor se hallaba en aquella ocasión predicando al este del río Jordán, en la Perea. A cierta distancia se encontraba la ciudad de Betania, que distaba unas dos millas de Jerusalén. En aquella ciudad vivían dos hermanas, Marta y María, con su hermano Lázaro, y en su casa recibía nuestro Señor muchas veces hospitalidad. Cuando Lázaro cayó enfermo, Marta y María enviaron un mensajero a Jesús para que le dijera:

Señor, el que amas está enfermo. Ioh 11, 3

Las hermanas le llamaban «Señor», indicando así que reconocían su divinidad y autoridad. Tampoco ponían la fuente del amor en Lázaro, sino

que más bien la ponían en Cristo. Las hermanas invocaban precisamente este amor y dejaban a su decisión hacer lo que Él creyera mejor. Lo mismo que su Madre santísima en las bodas de Caná, donde se limitó a observar: «no tienen vino».

Al recibir el mensaje, dijo nuestro Señor: *Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, para que sea glorificado el Hijo de Dios. Ioh 11, 4*

En la mente de Jesús debieron de estar presentes en un mismo instante la muerte de Lázaro y su propia resurrección, puesto que más adelante, cuando visitó Betania y resucitó a Lázaro de entre los muertos, dijo a Marta:

¿No te dije yo que, si creyeras, verías la gloria de Dios? Ioh 11, 40

Asocia consigo mismo el honor y la gloria no como Mesías, sino como el Hijo de Dios, el que está unido al Padre. Cuando nuestro Señor dijo que la enfermedad de Lázaro no era de muerte, no quería con ello significar que Lázaro no moriría, sino más bien que la finalidad y el propósito de su muerte eran la glorificación de Jesucristo mismo, como Hijo de Dios.

Es muy probable que las dos hermanas pensarán que tan pronto como nuestro Señor recibiera su mensaje se apresuraría a ir a ver a Lázaro, pero Jesús permaneció dos días en el lugar en que se hallaba cuando fueron a llevarle la noticia. Si no se hubiera escrito el último capítulo de la muerte de Lázaro, parecería que nuestro Señor tenía poco interés en la salud de su amigo. Sucedió que éste fue uno de los raros ejemplos acerca de muerte, enfermedad y desgracia en que se escribió el último capítulo, y en que los propósitos de Dios pueden verse incluso en su demora.

La distancia entre el lugar donde se hallaba nuestro Señor y la ciudad en que vivía Lázaro era algo así como un día de camino. Por lo tanto, si permaneció dos días más en Perea y añadimos otro día para el viaje, en total tendremos cuatro días transcurridos desde aquel en que recibió la noticia. Las demoras de Dios son misteriosas; a veces nos prolonga las penas por la misma razón por la cual nos las envía. Se abstiene a veces de curar, no porque el Amor no ame, sino porque el Amor nunca cesa de amar, y porque de la desgracia se espera un bien mayor. El horario del cielo es distinto del nuestro. El amor humano, siempre impaciente, no soporta la demora. La misma tardanza manifestó Jesús cuando se dirigía a la casa de Jairo, cuya hija fue también resucitada por Él. En este caso, en vez de apresurarse, nuestro Señor empleó unos momentos preciosos para sanar a una mujer que padecía de un flujo de sangre, a la cual curó cuando ella tocó el vestido de Jesús en medio de la multitud. Las obras del mal se efectúan a veces en momentos de prisa. Nuestro Señor dijo a Judas que fuera «rápidamente» a realizar su obra de iniquidad.

Al cabo de dos días, nuestro Señor volvió a hablar de la familia que tanto amaba. No dijo:

«vayamos a casa de Lázaro», o «a Betania», sino más bien: «volvamos a Judea», cuya capital era Jerusalén, donde se concentraba la oposición que contra Él se había desatado. Al oír tales palabras, los discípulos temieron en seguida por la vida del Maestro, y dijeron, refiriéndose a los fariseos y a los guías del pueblo:

Hace poco que los judíos quisieron apedrearte, ¿y vas allá otra vez? Ioh 11, 8

Nuestro Señor los estaba probando. Unas semanas antes, Juan decía así de los enemigos de Jesús:

Por tanto, procuraban otra vez prenderle: *pero se salió de sus manos. Ioh 10, 39*

Ahora sugería a sus apóstoles que volvían al centro de la oposición. Su hora estaba cerca. Los apóstoles no podían entender que hubiera prudencia o sentido común en lo que iban a emprender. Temían tanto por su propia seguridad como por la de su Maestro, aunque no dijeron que estuvieran asustados; más bien hablaron solamente de los enemigos que trataban de apedrear al Señor. La respuesta que Jesús les dio entonces era otra indicación de que su vida estaba dispuesta según un orden divino que ningún hombre Podía modificar.

¿No tiene doce horas el día? No tropezará el que anduviere de día, porque verá la luz de este mundo. Pero sí alguno anduviere de noche, tropezará, porque la luz no está en él. Ioh 11, 9-10

Como era su costumbre, declaraba una verdad sencilla con doble sentido, uno literal, otro espiritual. El sentido literal era el siguiente: existe la luz natural del sol; durante unas doce horas el hombre trabaja o viaja; durante estas horas de luz diurna el sol ilumina su senda. Si, en cambio, un hombre viaja o trabaja de noche, tropieza o hace mal su trabajo. El sentido espiritual era que El se había llamado a sí mismo la Luz del mundo. De la misma manera que nadie puede impedir al sol que siga iluminando durante las horas señaladas del día, así tampoco podía nadie interrumpir a Jesús en su misión. Aun cuando fueran a Judea, ningún mal podía sobrevenirle hasta que El consintiera en ello. En tanto su luz siguiera brillando sobre los apóstoles, éstos no tenían que temer nada, incluso en la ciudad de los perseguidores. Era ésta la misma idea que Jesús había expresado en su respuesta a Herodes, cuando llamó zorra a éste. Llegaría un momento en que permitiría que la luz fuese apagada, y en que diría a Judas y a sus enemigos en el huerto: «Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.» Pero, hasta que El lo permitiera, nada podían hacer sus enemigos. El día existe hasta el momento de la pasión; la pasión es la noche:

Es menester que haga las obras de aquel que me envió, en tanto de día la noche viene cuando nadie puede hacer sus obras. Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo. Ioh 9, 4-5

Nadie podía quitarle ni un segundo de las doce horas de luz que tenía señaladas para enseñar su doctrina; ni tampoco podía nadie acelerar un segundo de la hora de las tinieblas cuando fuera inminente su muerte. Cuando finalmente anunció a sus discípulos que era preciso ponerse en marcha, el melancólico y pesimista Tomás dijo a sus compañeros:

Vamos también nosotros, para que muramos juntamente con El. Ioh 11, 16

Conociendo la tremenda oposición que se les hacía en Jerusalén, Tomás insinuaba ahora que tal vez perecerían todos juntos en la ciudad santa. Dígase lo que se quiera acerca de Tomás, hay que admitir que se adelantó a todos sus compañeros en reconocer que en la ciudad la muerte esperaba a nuestro Señor, aunque fue el último en reconocer su resurrección. Si nuestro Señor deseaba morir, Tomás quería morir junto con Él. Cada vez que se habla de Tomás en el evangelio aparece en esta actitud sombría y pesimista. Y, sin embargo, si el único medio para seguir estando en compañía del Maestro era morir junto con Él, Tomás estaba dispuesto a ello.

Cuando nuestro Señor llegó a Betania, ya hacía cuatro días que Lázaro estaba enterrado. Como Betania distaba menos de dos horas de camino de Jerusalén y desde ella se divisaba el Templo, había mucha gente allí, sobre todo enemigos de Jesús, cuando se anunció su llegada. También habían llegado muchas personas a la casa mortuoria para dar el pésame a las dos hermanas. Al saber la llegada de Jesús, Marta, la activa, se levantó y corrió presurosa a su encuentro, mientras permanecía María en la casa. Marta había confiado un poco en el poder de Jesús, pero solamente un poco, puesto que le habló así:

Si hubieras estado aquí, no hubiese muerto mi hermano. Ioh 11, 22

Al decirle nuestro Señor que su hermano resucitaría, Marta convino en que así sería, en efecto, en la resurrección general del último día. Resultaba extraño que Marta no hubiera oído o no recordara lo que anteriormente había dicho Jesús en el templo:

No os maravilléis de esto porque viene tiempo en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz y saldrán. Ioh 11, 28

La fe que Marta expresaba en la resurrección era la de la mayor parte de los judíos, con excepción de los saduceos. Del mismo modo que la mujer del pozo sabía que el Mesías había de venir, pero no se daba cuenta de que ya estaba hablando con ella, así Marta, aunque creía en la resurrección, no sabía que la Resurrección estaba delante de ella. Tal como nuestro Señor dijo a la mujer del pozo que El era el Mesías, así ahora dijo a Marta:

Yo soy la resurrección y la vida. Ioh 11,25

Si Cristo hubiese dicho: «Yo soy la resurrección», sin prometer la vida espiritual y eterna, sólo habría significado que prometía sucesivas

reencarnaciones en una vida miserable. Si hubiera dicho: « Yo soy la vida», sin decir también: « Yo soy la resurrección», no tendríamos más que la promesa de nuestro perpetuo descontento. Pero, al combinar ambas cosas, afirmó que en Él hay una vida que, al morir, se eleva a la perfección; por lo tanto, la muerte no era el fin, sino el preludio de una resurrección a una vida nueva y cabal. Era otra manera de combinar la cruz y la gloria, que corría como una antífona a través del salmo de su vida. En el momento en que decía esto emprendía deliberadamente su viaje hacia la Judea, donde se hallaban sus enemigos. Nuestro Señor no gustaba de usar la palabra «muerte», lo cual demostraba que toda su vida estaba destinada a vencer la muerte. Usó la misma palabra acerca de la hija de Jairo que respecto a Lázaro: dijo que estaban «dormidos». Es la misma palabra que usarían los seguidores de Jesucristo al hablar de Esteban, pues dijeron que «se había dormido».

Cuando nuestro Señor preguntó a Marta si creía que cualquiera que creyera en Él no moriría, ella le respondió:

Sí, Señor; yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, que había de venir a este mundo. Ioh 11, 27

Aquella fe en la encarnación era la preparación al milagro que dentro de poco había de obrarse. María aparece entonces, llorando. Al ver las lágrimas de ella y de sus amigos,

Jesús se sintió conmovido en su espíritu y se turbó. Ioh 11, 33

De una manera más bien activa que pasiva, se compenetró con la muerte y el dolor, dos de los principales efectos del pecado, estaba triste porque quería, y moriría porque así lo quería también. La larga procesión de gente enlutada a través de los siglos, el lúgubre efecto de la muerte que Él mismo iba a tomar sobre sí, le inducía a apurar hasta las heces el cáliz amargo de la cruz. No hubiese podido llegar a ser sumo sacerdote sin tener compasión de nuestras penas. De la misma manera que era débil en nuestra debilidad, pobre en nuestra pobreza, así estaba triste también en nuestra tristeza. Este participar deliberadamente de las penas de aquellos a quienes iba a redimir le hacía derramar lágrimas. La palabra griega empleada en el texto para indicar que lloraba da la idea de verter lágrimas serenamente. En las Escrituras se nos describe tres veces a nuestro Señor llorando: una vez, por una nación, cuando lloró sobre Jerusalén; otra, en el huerto de Getsemaní, cuando lloró por los pecados del mundo; y en el momento de que estamos hablando, cuando Lázaro estaba muerto, lloró por el efecto del pecado, que es la muerte. Ninguna de estas lágrimas era para Él mismo, sino para la naturaleza humana que había asumido. En cada uno de los tres ejemplos su corazón humano podía distinguir entre el fruto y la raíz, entre los males que afligen al mundo y la causa de los mismos, que es el pecado. Realmente, Él era la «Palabra hecha carne».

Muchos de los que se hallaban junto a la tumba de Lázaro dijeron: He aquí

cómo le amaba. Pero otros, que también lloraban apesadumbrados, enseñaron los dientes al preguntar: *¿No podía este hombre, que abrió los ojos de aquel que era ciego, hacer que éste no muriese? Ioh 11, 36 s*

Se trataba, evidentemente, de una fe a medias en que Él era el Mesías, debida a los milagros que había hecho. Cuando estuviera en la cruz, admitirían también todos sus milagros, salvo que aparentemente no pudiera bajar de la cruz. Ahora también estaban dispuestos a admitir cualquier milagro; pero, ciertamente, si fuera el Mesías y el Hijo de Dios, habría evitado que Lázaro muriera. Puesto que no lo había evitado, no era el Cristo. Sin hacer caso de lo que pudieran estar murmurando, Jesús insinuó que se retirase la piedra que tapaba la entrada del sepulcro. Marta confirmó la muerte de Lázaro con estas palabras:

Señor, hiede ya; porque hace cuatro días que está muerto. Ioh 11, 39

Con estas palabras advertía al Señor que la condición del difunto era como para abandonar toda esperanza en su resurrección hasta el último día. Pero una vez fue quitada la piedra, según Jesús había ordenado, éste elevó una oración a su Padre celestial. El contenido de esta plegaría era que, por medio de aquel milagro todo el que lo viera pudiera creer que el Padre y Él eran uno mismo, y que el Padre era quien le había enviado al mundo. Entonces

Clamó a gran voz:

¡Lázaro, sal afuera! Ioh 11, 44

Lázaro salió de la tumba envuelto con vendas y el rostro cubierto con un sudario; las manos amorosas de sus hermanas le despojaron de tales trabas, y el que había estado cautivo por la muerte fue restablecido a la vida. Allí, a la plena luz del día, en presencia de testigos hostiles a Jesús, fue resucitado un hombre que había estado muerto por espacio de cuatro días.

De la misma manera que el sol brilla sobre el barro y lo endurece, y brilla sobre la cera y la ablanda, así este gran milagro de nuestro Señor endureció algunos corazones para la incredulidad y ablandó a otros para la fe. Algunos creyeron, pero el efecto general de aquel milagro fue que los judíos decidieron condenar a muerte

(Tomado de su *Vida de Cristo*, Ed. Herder, Barcelona)